

La nota roja

Varios intentos de explicación en tiempo lento

Luis Quintana Tejera*

* Facultad de Humanidades, UAEM.

Correo electrónico: gluis@hotmail.com.mx

Teléfono (722) 215 08 65.

*Si con hacerlo quedara terminado, entonces
estaría bien si se hiciera rápidamente.
Si el asesinato impidiera las consecuencias y,
con el final se cogiera el éxito.
Si este golpe pudiera serlo todo y el fin de todo,
entonces aquí, aquí, sobre esta orilla y bajío del mundo,
arriesgaríamos la vida futura.
Shakespeare, Macbeth*

Hoy ha muerto Jesús. Lo encontraron al amanecer con los ojos azules desordenadamente abiertos y buscando quizás la luz difusa que lo condujera por el camino oscuro de la muerte.

No sé realmente qué sentí cuando me comunicaron la infausta nueva. Lo amé demasiado como para no comprometerme al menos con una respuesta en momentos de tanta soledad. Hay quien dijo que mi pobre conejito feliz había caído así, porque yo nunca llegué a perdonarle la última de sus infidelidades.

La policía llegó a revisar la escena del crimen. Creo que no actuaron con suficiente cuidado y que casi no sabían qué era lo que tenían que hacer en estos casos. El sargento Gutiérrez daba órdenes a diestra y siniestra; parecía tan emocionado y al mismo tiempo tan preocupado que tomó con sus manos desnudas el rifle con el cual Jesús supuestamente se había descerrajado un balazo.

Muchos fueron citados a la comisaría para declarar. Hacía ya tanto tiempo del suicidio de Bologna y mucho más de la muerte de Bustos en la fábrica de pastas, y por eso quizás los policías corrían de un lado al otro; llenaban formularios con horribles faltas de ortografía, interrogaban sin convicción y buscaban sin hallar lo que realmente querían.

Maldonado volvía a convulsionarse con la nota roja. Yo tenía escasos veintidós años y había creído en Jesús cuando en el último verano, tomados de la mano, caminábamos lentamente por la playa.

Le dije a las autoridades que me había despedido de mi novio a las nueve de la noche después de cenar con él en el rústico cuartito en donde vivía. Probablemente no me creyeron, pero igual me dejaron ir; por falta de convicción más que de pruebas.

No puedo pensar que un hombre tierno y joven como mi amado se haya quitado la vida sólo porque no tenía valor para seguir enfrentándola. Alguna vez cuando cenábamos tranquilos en el muelle sereno, junto a la valla que nos separaba del mar infinito, le oí decir que deseaba abandonar el triste pueblo para conocer nuevas alternativas. Hablaba con fruición y entrega de lo que haría en otras tierras. Le habían contado que las cosas estaban muy bien en Buenos Aires y que, el Cacho Tejera, vecino suyo, se había llenado de guita pintando cuadros para las mujeres ricas de los porteños.

Le habían dicho también que más lejos, en México quizás, las oportunidades eran muchas y él quería salir de la mediocridad del ambiente, quería buscar alternativas para una existencia

distinta; Jesús no quería la muerte. ¿Quién lo mató sin piedad? ¿Quién inmoló su cuerpo permitiendo así que la tierra se lo devorara en un instante? Créanme, yo no lo sé. Sólo sé que ya no respira, que ya no entrelazaremos nuestros cuerpos en las noches calurosas del verano, que ya no oír su voz hablando de Buenos Aires o de México. Está muerto. Hoy ha muerto.

(En los interminables laberintos de la memoria Liliana deambula sin cesar, sin entender, sin aceptar todo lo que le costaría adecuarse a una vida sin Jesús).

Ojalá me hubiera escuchado cuando le dije que en las mujeres no se puede creer. Ella lo mató, lo sé. Le llenó la cabeza de espantosas contradicciones, lo alejó de la realidad, lo martirizó con mundos nuevos, lo condujo sin destino adonde no podía llegar nunca. Es una maldita hembra que no tiene la más mínima idea del infinito dolor que me ha causado dejándome solo, sin Jesús, sin amor, agarrado a la vida únicamente por la inercia de existir.

Al verte en el féretro me cuesta creer que seas tú; me cuesta identificar tu realidad inerte con aquella del niño feliz que amamanté en mis brazos. Te enseñé a caminar y tú no aprendiste que la senda de la vida conduce al doloroso infierno de la muerte. ¿Por qué apuraste la copa de la existencia? ¿Por qué me abandonaste cuando más te necesitaba?

Yo no quiero creer que haya sido Liliana, porque ella te quería con el afecto a flor de rostro; pero, esos amigos con que últimamente andabas, esos medio hombres que nada bueno podían enseñarte; en particular uno de ellos me golpea en la frente cuando lo observo. Tico, odiado nombre, irrespetuosa presencia que en este momento veo acercarse. No puedo soportarlo, te dejo con él en la muerte. Quiero creer con convicción de madre desesperada que él no ha sido; pero si se lo llevaran y lo obligaran a confesar...

Me acerco tembloroso, ya no siento celos de ti. Te veo muerto, me siento morir. Desde el fondo de mis entrañas carcomidas por la angustia y la soledad surgen lejanos momentos en los que fuimos felices. Yo te hubiera enseñado a vivir ya que no pude enseñarte a morir; te habría conducido por senderos de realización que tu insegura personalidad no se atrevía a aceptar.

Decuerdo aquel día en que tu piel blanca contrastaba con mi morena condición y te acercabas tímido al regazo del amor. Si yo hubiera podido matarte no lo habría hecho, porque las sombras de la noche me habrían reclamado tu presencia más allá de los rencores y los celos.

Llegué muy temprano a encargarme del jardín de la casa como siempre; un hilo tenue de sangre salía de la habitación de Jesús y recorría todo el patio hasta llegar al dintel de la puerta de la madre. Todo estaba en silencio; tanto silencio me hace daño como cuando se llevaron el cadáver de mi hijo en aquella mañana lluviosa de julio. La sangre de Jesús parecía reclamar algo. Cuando entré en la habitación y lo vi con sus ojos muertos tuve miedo. Recordé las últimas novelas policíacas que había leído y no toqué nada.

Entre el olor de la sangre y la pólvora creí percibir un aroma de mujer, o algo parecido, no sé. Nunca podré olvidar esta escena de dolor. Yo sé quién lo mató y sé también por qué, pero este secreto se irá conmigo.